

blaban la inquietud de las órdenes monásticas propiamente dichas. Los mejores entre los frailes no podían por menos de sentir hacia los canónigos de San Agustín un sentimiento de frialdad y desconfianza en que los celos entraban en gran parte. El abate de Cluni, Pedro *el Venerable*, escribiendo en 1134 á un cardenal, deploraba como un hecho monstruoso (*detestabile prodigium*), como un insulto lanzado á la faz de todo el cuerpo de benedictinos el cambio de los monjes de San Pablo de Verdún por los regulares de Prémontré. La idea de la superioridad absoluta del estado monástico hasta sobre el estado clerical más claustrado y el mejor y más libre de los lazos terrestres, persistía para muchas inteligencias con la fuerza de un dogma. Continuó prevaleciendo porque se veía á los frailes rivalizar en celo con los canónigos y practicar sobre sí mismos la reforma que la Iglesia juzgaba necesaria para aumentar su prestigio y justificar sus pretensiones al imperio del mundo.

Lo mismo que los cuerpos capitulares, la orden de San Benito trató de regenerarse. La misma abadía de Cluni, principal instrumento de la reforma gregoriana, convertida en potencia territorial y política, había cesado de ser para los fervientes objeto de edificación. Era preciso volver á practicar el ascetismo, la contemplación, las ocupaciones puramente espirituales, la renuncia absoluta de los intereses seculares. El sentimiento religioso reclamaba otras formas de la vida cenobítica, nuevas combinaciones de claustración y de mortificación en común. Esta necesidad de reaccionar contra la institución cluniacense, manteniendo á las almas más alejadas de la vida profana, hizo que las órdenes y las reglas religiosas se multiplicaran.

Con pocos años de intervalo hubo las nuevas fundaciones de San Martín de Pontoise (1069), de Grandmont (1073), de Molesme (1075), de la Gran Cartuja (1084), de Fontevraud (1096), de Cister (1099), de Tiron (1112), de Claraval (1115), de Paraclet (1131). Esta curiosa efervescencia del espíritu monástico se produjo casi al mismo tiempo en el dominio real, en el país de Chartres, en la Champaña, en Anjou, en Limosin, en Borgoña. La mayoría de los reformadores, Gautier de Ainville, Esteban de Thiers, Roberto de Molesme, Roberto de Arbrissel, Bernardo de Tiron, Abelardo, Bernardo de Fontaines-les-Dijón (San Bernardo), eran franceses. Solamente el fundador de la orden de los cartujos, Bruno, era alemán de nacimiento, pero vivió mucho tiempo en Francia, en Reims, donde dirigió la escuela episcopal.

¿Cómo un espectáculo tan extraordinario producido por esa afluencia indecible de hombres y mujeres llevando las innumerables casas religiosas que se elevaban como por encanto en los rincones más ignorados del país, no habían de impresionar á los contemporáneos? Los frailes en el siglo XII lo admiran y se enorgullecen de él. Hugo de San Víctor habla con entusiasmo de tal

l'ordre des Chartreux, 1884. Löbbel, *Der Stifter des Carthäuser ordens, der heilige Bruno aus Köln*, 1899. Dom Lecouteux, *Annales ordinis Carthusiensis*, en publicación. D'Arbois de Jubainville, *Etudes sur l'état intérieur des abbayes cisterciennes et principalement de Clairvaux aux XII^e et XIII^e siècles*, 1858. Janussek, *Origines cistercienses*, 1877. Demimuids, *Pierre le Vénéral*, 1876. Wilkens, *Petrus der Ehrwürdige*, 1857.

espectáculo: «Hoy en los desiertos, en los bosques, en los landas, viven millares de monjes ó canónigos, cartujos, premonstrates, cistercienses, eremitas y anacoretas, ya solos, ya en comunidad. Adornan los desiertos con sus perfecciones santas, hacen agradables las soledades con su justicia, sus piadosas pláticas, sus altos ejemplos, su silencio, sus palabras, su mortificación, sus trabajos, su castidad, la austeridad de su traje, la fatiga de su cuerpo, la dureza de su cama, la continuidad de sus vigiliat, la abundancia de sus limosnas, la melodía de sus cánticos, la benevolencia de su hospitalidad, y en una palabra, con todas las virtudes y la práctica de todas las buenas obras.» Pedro *el Venerable* exclama á su vez: «¡Qué innumerable multitud de frailes, multiplicada en nuestros días por un efecto de la divina gracia! Cubre casi todas las campiñas de la Galla, llena las ciudades, los castillos, las fortalezas. ¡Qué variedad infinita de trajes é instituciones en este ejército del Señor que ha hecho juramento de vivir según las reglas, en nombre de la fe y de la caridad!»

Un fraile de la abadía del Bec dice también: «La multiplicidad de órdenes religiosas de toda especie de que hoy rebosa el mundo entero.» Pero éste, menos optimista, desconfía algo de tal abundancia, pues añade á continuación: «¿Cuántos habrá entre esa multitud que realmente desprecien el siglo y sus obras y que sean verdaderos amantes de la religión?»

El personal de los monasterios no se componía, en efecto, por entero de creyentes pecadores arrepentidos. La fe y la penitencia no hubiesen bastado para llenar los claustros. Servían también para casas de disciplina donde se encerraba á los criminales. Había otra casta de frailes y monjas involuntarios; eran aquellos á quienes su padre consagraba desde la cuna al estado monástico. Había otros, segundones y solteronas, que libremente acudían á las santas casas y en ellas se encerraban. A cambio de un trozo de tierra ó de una renta cualquiera hallaban en las abadías un asilo casi seguro y el pan de cada día y evitaban así la lucha por la existencia. Otros entraban por ambición, sabiendo que el claustro conducía al obispado y el obispado á las más altas dignidades de la Iglesia. Otros, por fin, cedían á su pesar á la elocuencia irresistible de los reformadores y de los apóstoles de la vida claustral.

San Anselmo, Roberto de Arbrissel, Vital de Mortain, Giraud de la Salle, San Bernardo, hacían una propaganda infatigable á su alrededor, en las familias, en las ciudades, en las campiñas, en las cortes de los magnates y de los reyes. De creerlos, todos los que tenían alguna inteligencia de su destino y el cuidado de la vida futura debían vestir el hábito de monje. Su palabra poderosa provocaba como un rayo vocaciones súbitas, conversiones en masa. ¿Cómo resistir á la impresión profunda que producía San Bernardo cuando clamaba en uno de sus sermones: «El claustro es un paraíso. Gran cosa es vivir perfectamente unidos en el mismo hogar. Uno llora sus pecados, otro canta las alabanzas del Señor; éste prodiga sus cuidados á sus hermanos, aquél enseña nociones de la ciencia. Uno reza, otro lee. Uno se siente movido á compasión por el pecador; otro se ocupa en castigar el pecado. Arde en éste el fuego de la caridad; distínguese por su humildad aquél. Uno trabaja en la vida activa, otro descansa en la vida

contemplativa. ¡No!, aquí no hay otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo.»

Las almas delicadas y laceradas, las imaginaciones exaltadas se apasionaban por este ambiente artificial donde se libraban de la familia, del matrimonio, de los deberes civiles, y donde la propiedad y la libertad individuales estaban proscritas. Imaginaban hallar la paz en este mundo, la garantía de la dicha en el otro, la satisfacción más ó menos completa del ideal cristiano. No sabían ó no querían ver que la abadía no era siempre el asilo de recogimiento con que se soñaba, que las humanas pasiones latían allí dentro y que el eco de los acontecimientos exteriores penetraba en aquel lugar á pesar de todas las precauciones.

Los fundadores de congregaciones, estos «pescadores de hombres» habían empezado todos por vivir como anacoretas y ermitaños en los bosques y soledades inaccesibles. Por sus austeridades extraordinarias atraían en torno suyo un grupo de discípulos y de imitadores dichosos de vivir junto al maestro en cabañas hechas de ramas y contentándose, como él, con legumbres y agua clara. Bien pronto estas agrupaciones de ermitaños vieron obligadas á dejar su condición primitiva para ir al cenobitismo, á la habitación en las abadías; pero dispusieron su vida común de manera que pudieran practicar el aislamiento y el ascetismo individual en cierta medida. Todas estas nuevas reglas se basaron en la de San Benito, practicada con extremo rigor, conforme quería el que la había escrito. Cada uno de esos institutos tuvo, sin embargo, su fisonomía propia, diversidad que se explica por las circunstancias particulares de la fundación y por el temperamento y las ideas más ó menos originales del fundador.

El primero de estos grandes monjes creadores de órdenes fué Esteban de Thiers ó de Muret (1048-1124), el que fundó la comunidad de Grandmont. Era de familia noble é instruido. Viajando por Italia sorprendióle la vida que llevaban los ermitaños de Calabria, y al volver á Francia quiso hacer lo mismo que ellos y abandonó sus riquezas y sus costumbres. Establecióse en una colina arbolada cerca de Limoges, y allí, durante cincuenta años, se entregó á las austeridades más rudas, comiendo únicamente pan, bebiendo agua, llevando un cilicio de metal sobre su carne desnuda, durmiendo sobre una tarima y no teniendo otra ocupación que el rezo. Pasaba, á lo que parece, tantas horas prosternado, que tenía las rodillas agarrotadas y la nariz como aplastada. Parece que en él revive el tipo de los anacoretas orientales de la época primitiva, inmovilizados y pasivamente contemplativos.

Según Esteban, sus discípulos y él no pertenecen á ninguna orden, ni figuran en los cuadros de la Iglesia secular, ni en los de la Iglesia benedictina. No quiere que se les llame canónigos, frailes, ni aun ermitaños. Los grandmontanos son sencillamente «buenos hombres», *boni homines*. Grandmont se convirtió, sin embargo, en una verdadera abadía donde se practicaba la pobreza absoluta con una regla tan severa que ni aun los enfermos comían carne. El rasgo característico de la casa fué precisamente lo que acarrió su rápida decadencia. La administración de los bienes temporales no pertenecía á los frailes, sino á hermanos legos, extraños á la vida monástica propiamente dicha y que pretendie-

ron, sin embargo, á fines del siglo XII, dirigir hasta en lo espiritual la orden entera. De ahí una serie de luchas intestinas que hirieron en lo vivo á la institución, que no pudo reaccionar. De todas las órdenes religiosas que hizo surgir la reforma, Grandmont es sin duda alguna la que menos se generalizó.

Bruno (1040-1106) y sus cartujos jugaron un papel más importante en la historia de la Iglesia. La concepción monástica de este reformador exageraba el aislamiento, ya que puso la cuna de su orden entre la soledad de las grandes montañas. El ascetismo más riguroso era obligatorio: silencio casi perpetuo, pobreza, cilicio, alimentación compuesta casi exclusivamente de pan, leche y legumbres, obligación cotidiana de trabajo manual. El cenobitismo hállase reducido á su más simple



El abad Suger. (De una vidriera de Saint-Denis.)

expresión. Un contemporáneo del fundador, el historiador Guiberto de Nogent, hace notar que los cartujos tienen claustro, pero que no viven juntos como los demás frailes. «Cada cual tiene su celda (1) alrededor del claustro, donde trabaja, duerme y come.» Parece un eremitismo colectivo. Puede decirse, en suma, que la orden cartujana es contemplativa ante todo como la de Grandmont. La oración, la meditación, la absorción en lo divino son los ejercicios preferidos en la cartuja. Hay que añadir á ello la lectura y transcripción de antiguos manuscritos, pues Bruno ha sido maestra escuela, y el espíritu de los cartujos no es enemigo de las letras. También admira lo que es hermoso y encantador en la naturaleza física. Es notable cierta carta de San Bruno en la cual el atractivo de los países montañosos está pintado con una verdad y una sinceridad de emoción que rara vez conoció la Edad media.

Había abandonado la cartuja y había instalado su ermita en Italia, en un rincón desierto de Calabria: «¿Qué términos puedo emplear, escribía á su amigo Raúl, preboste del cabildo de Reims, para pintarte el sitio encantador en que habito y donde reina una temperatura tan suave: esta ancha llanura que se prolonga entre las montañas, estos verdes prados, estos pastos cubiertos de flores! Por dondequiera, en el horizonte, se advierten alturas continuas cuyas crestas se confunden armoniosamente con el cielo; valles donde hay profundas soledades alegradas por la abundancia del agua clara que acarrea arroyuelos y fuentes. Jardines bien cuidados, árboles de toda especie y de una fecundidad admirable, nada falta aquí y, sin embargo, no sé cómo des-

(1) Exceptuando los primeros tiempos de la fundación en la época de San Bruno, pues entonces cada celda contenía dos religiosos.

cribir estas bellezas.» Pero el asceta experimenta como un remordimiento de haberse complacido en esas impresiones materiales, pues se apresura á añadir: «No insisto más, el hombre prudente tiene otros placeres más útiles y que nos son más queridos porque son divinos. Estos no sirven sino para recrear el alma y el cuerpo cuando su debilidad está fatigada por las maceraciones y el trabajo espiritual. El arco no puede estar siempre tendido. No se dispararía con precisión. Sólo aquellos que conocen por experiencia el profundo silencio de las soledades comprenden cuánto provecho sacan de él aquellos á quienes gusta y qué alegrías pueden en él encontrar.»

El bretón Roberto de Arbrissel (1047-1117), nacido de un padre sacerdote y de una madre hija de sacerdote, hallaba ya en sí mismo motivo para indignarse contra la corrupción de la Iglesia. Aun cuando no tenía el temperamento contemplativo y se pareciese poco á los dos hombres de quienes acabamos de hablar, vivió primeramente como un anacoreta dentro de un bosque. Trata su propio cuerpo como un harapo, anda descalzo, cubierto de un saco, mendigando. Pero este ermitaño no permanece mucho en su cabaña. Había nacido para la acción y el gobierno de las almas y no para el ascetismo infecundo. Habla y los discípulos surgen en gran número. Un verdadero ejército de penitentes, hombres y mujeres de toda condición y edad, le sigue por todas partes y anhela verle y oírle. Este predicador ambulante se multiplica. Se le encuentra en las soledades y en los concilios. En la corte de los reyes y de los grandes señores, en todos los caminos de la Turena, del Anjou, del Orleanés, del Berri, del Limosín, del Poitou, del Perigord, del Langüedoc, siempre dispuesto á comunicar el fuego que le anima. Su inmensa popularidad crece con los milagros; es taumaturgo como lo han sido Norberto y Bernardo. Su ruda elocuencia flagelaba á laicos y clérigos hasta el punto de escandalizar á los obispos más favorables á la Reforma. Tenían derecho á inquietarse por aquellas filípicas contra el estado social y la jerarquía eclesiástica, pues la multitud, soliviantada por aquella palabra implacable, empezaba á rehusar el diezmo á sus curas para llevarlo al predicador. No se puede decir que la Iglesia le haya guardado rencor, pero le asustaron sus violencias de lenguaje. El «bienaventurado» Roberto de Arbrissel aún no está canonizado.

Tenía como predicador una especialidad delicada. A las mujeres se dirigía singularmente su apostolado. Iba á buscar por todas partes, para volverlas al camino del bien, las más endurecidas pecadoras, las que hicieron del mal una profesión. De ahí el carácter distintivo de su instituto monástico, abierto sobre todo á las penitentes y colocado por él bajo el patronato de la Virgen. La abadía de Fontevrault en Anjou, de la cual confió la dirección á una gran señora del país, Petronila de Chemillé, fué desde el principio un monasterio doble. Los hombres y mujeres vivían en claustros separados, pero los hermanos de Fontevrault eran sólo los capellanes de las religiosas y los administradores de los bienes de su comunidad. La abadesa regía el convento con una autoridad sin límites. Velaba rigurosamente para que se observara la regla que imponía á las religiosas penosas obligaciones, entre ellas la del silencio absoluto. To-

das estas creaciones monásticas palidecen ante la de Claraval ó de Cister, cuya fortuna fué prodigiosa gracias á la persona de San Bernardo, la más alta expresión del monaquismo benedictino.

III.—San Bernardo (1)

San Bernardo, que por sólo el prestigio de su elocuencia y de su santidad gobernó de 1125 á 1153, la cristiandad de Occidente, es la síntesis de su siglo. Personifica todo el sistema político y religioso de una época de la Edad media dominada por el poder moral de la Iglesia. Relatar su vida sería escribir la historia de las órdenes monásticas, de la reforma, de la teología ortodoxa, de la segunda cruzada, de las doctrinas heréticas, de los destinos de Francia, de Alemania y de Italia, durante un período de cerca de cuarenta años. No es extraño que ante una empresa tan pesada hayan retrocedido los biógrafos.

A la dificultad de la tarea se añade la de comprender y definir al hombre. Ha podido decirse con razón que de todos sus milagros fué el más asombroso su propia persona, unión inconcebible de dos temperamentos contradictorios. Por una parte el fraile según el ideal de aquel tiempo, el contemplativo, el místico, el asceta que doma la carne casi hasta suprimirla y parece haber perdido la noción de las cosas materiales, que costea el lago de Ginebra durante toda una jornada sin verlo y bebiendo aceite por agua. Por otra parte, el hombre de acción, el predicador infatigable, el consejero oficioso de altos barones, reyes y pontífices, el jefe real de la Iglesia de Occidente, el político extraordinariamente ocupado y agitado. Hay igual oposición entre lo físico y lo moral. Un cuerpo que había sido hermoso y sano en la juventud, pero muy pronto extenuado, consumido por los ayunos y maceraciones, destruido hasta el punto de no poder casi alimentarse, consumido por la fiebre, agotado por achaques precoces. Bajo esta débil envoltura, una energía vigorosa de alma y de espíritu, una fuerza de trabajo increíble, un vigor que doma la fatiga. En su alma hay antinomias singulares. La dulzura, la unción, la bondad que alcanzan hasta los animales, hasta los judíos (lo cual es característico para la Edad media), y una voluntad impetuosa, militante, que se revela en muchos puntos de la correspondencia de Bernardo por violentos excesos de lenguaje. La humildad más profunda y sincera, unida á una gran ansia de dominación, al desprecio que estalla en expresiones altaneras por la humanidad y las cosas de aquí abajo. He aquí por qué algunos historiadores modernos pudieron comparar con razón á San Bernardo con los dos hombres que menos se parecen entre sí, con Fenelón y Bossuet; ¡pero cuánto más grande que éstos aparece en la Historia!

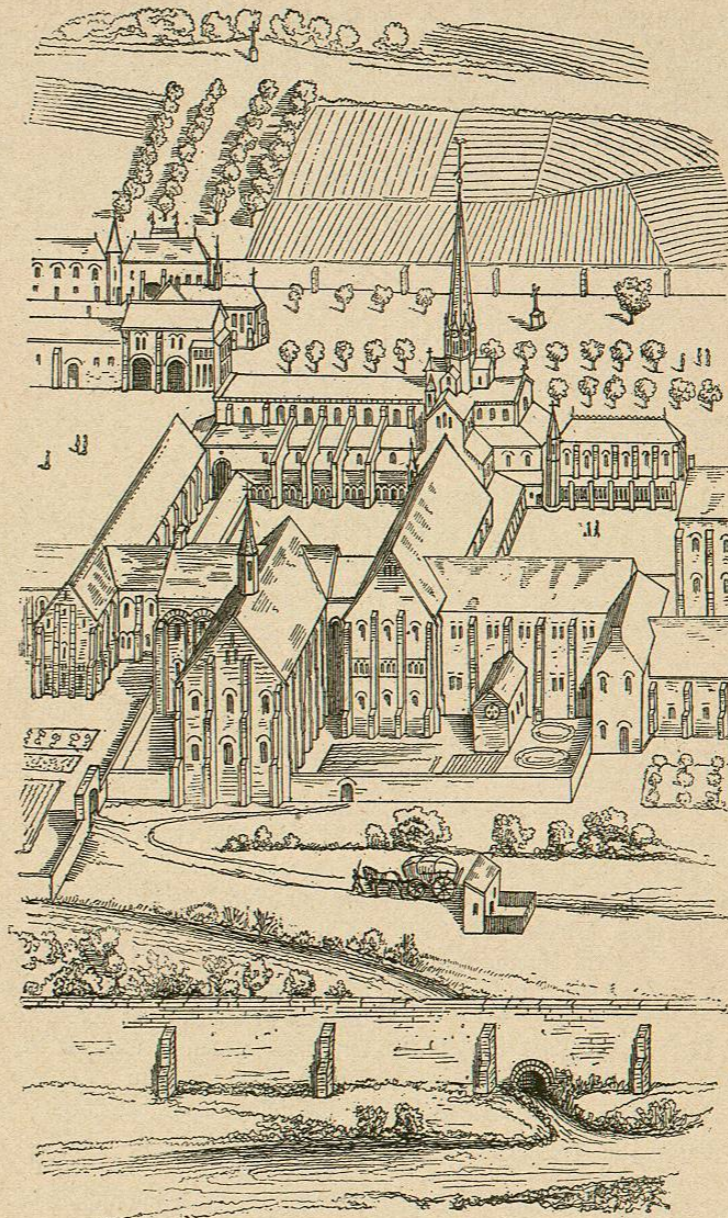
El hombre se pinta maravillosamente por su estilo. A pesar del abuso de la alegoría, de los juegos de palabras y de las citas, ¿hay un estilo más personal?

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Vacandard, *Saint Bernard*, 2 volúmenes, 1895. Hufter, *Der Heilige B. von Clairvaux, eine Darstellung seines Lebens und Wirkens*, 1886. Neumann, *Bernhard von Clairvaux un die Anfänge des zweite Kreuzzuges*, 1882. Thiel, *Die politische Thätigkeit des abtes Bernhard von Clairvaux*, 1885.

original y, sin embargo, que más desconcierte? Mezcla indefinible de seriedad y de ironía, de calma y de violencia, de sencillez y elevación, á cada página las expresiones familiares se barajan con los acordes de un lirismo exagerado; el tono irónico se convierte en los acen- tos inflamados de una pasión no contenida. Estilo compuesto de contrastes, como la persona que lo emplea.

ducta. Porque cree y porque todo se borra de sus ojos ante el bien general de la Iglesia, su ruda franqueza no perdona á nadie, y ataca con vivacidad á las mismas instituciones y á los mismos hombres por quienes antes se sacrificara, y aquellos que aprovecharon de su celo apostólico se convierten á su vez en sus víctimas.

La influencia incontestable que este hombre extraor-



El monasterio del Cister

Quien dice «contrastos» no dice «incoherencia.» En San Bernardo una lógica secreta lo concilia todo, y las contradicciones sólo son aparentes; lógica fundada en la fe, en una fe absoluta, que no admite ningún atenuante y llega hasta el más absoluto desprecio de la razón humana, y lógica fundada además en la idea que Bernardo tenía de la Iglesia. Aquel es su criterio supremo, el principio al cual subordina todos los actos, al que sacrifica sin piedad sus propias inclinaciones, sus afecciones más queridas, los intereses particulares de sus amigos y aliados, las conveniencias sociales y hasta la cohesión exterior de su pensamiento y de su con-

dinario ejerció sobre sus contemporáneos deriva precisamente de las referidas contradicciones. Los dominó y guió á su antojo porque su naturaleza compleja podía satisfacer las aspiraciones más diversas. Muchos de ellos se admiraron y asombraron de sus virtudes monásticas, su santidad y sus milagros; plugo á los otros por su ardor militante y sus dotes de agitador, y, por último, otros le amaron por el desinterés de que dió prueba en circunstancias muy favorables para entregarse á una ambición puramente humana. Por otra parte, adivinamos más bien que conocemos el ejercicio especial de aquella elocuencia que arrastraba irresistiblemente á las